



EFFECTUS

Alicia Xeles

EFFECTUS



Primera edición: noviembre de 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Alicia Xeles, seudónimo de Alicia Beatriz Chicala

ISBN: 978-84-18097-06-5

ISBN digital: 978-84-18097-07-2

Depósito legal: M-36260-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Deseo dedicar esta obra, a mi querido esposo Gabriel;
a mis tres soles, mis hijos Fabián, Julián y Damián.
A mis hermanos, familia, amigos y a la memoria de mis padres.
Pero por sobre todas las cosas quiero agradecer a Dios,
por permitirme vivir y compartir esta hermosa experiencia.*

INTRODUCCIÓN

Este relato, lo plasmé en palabras, tal como fue concebido desde mi propio imaginario. Es decir, a pesar de realizar una exhaustiva investigación histórica y de los sitios donde supuse los hechos y que me valió de tutor para reflejar sobre estas hojas, las fantasías de mi mente, no pude evitar adicionar o hacer algunos sutiles cambios sobre estas verdades históricas y/o geográficas. No obstante, los diálogos aborígenes los mantuve de manera fiel sobre esa instantánea del pasado, de acuerdo a un extenso y detallado compendio de la lengua abipona, realizado por el padre Martín Dobrizhoffer, jesuita alemán del siglo XVIII, en su magistral obra *Abiponibus*, donde refiere casi veinte años de vivencias con las tribus indígenas de la región de Paraquaria en Sudamérica, pero de manera especial con los indómitos abipones (a los que él admiraba mucho); y que no dudé en agregar para proporcionar a mi obra de una dosis de vigor y carácter, rindiendo tributo de este modo a esta tribu (como a otras tantas) lamentablemente desaparecida.

Pero más allá de esto, en el transcurso del relato y en el núcleo del mismo, como un hilo invisible engarzado a lo largo de esta novela fantástica, pero que se percibe y que va *in crescendo* de lo esotérico a lo científico, supongo cosas basadas en experiencias ajenas e incluso personales; quizás en un futuro cercano la ciencia nos devele algunas respuestas...

PARTE I

Waldsee, Alemania, octubre de 1586. Avanza el sombrío atardecer y tres jóvenes mujeres, arrastradas por sus verdugos hacia los postes, enclavados estos en hilera a la entrada de la aldea, a la voz aquellos de «¡Hexen! ¡Hexen! ¡Brujas! ¡Brujas!», tratan de resistirse a ser atadas a los mismos postes. Abundantes ramas son acercadas a sus pies, incluso por los mismos pobladores.

—¡*Wir sind unschuldig!* ¡Somos inocentes! —grita una de ellas.

Sin embargo, su reclamo es ignorado, e inmediatamente los verdugos acercan sus antorchas hacia las brozas, donde las incipientes llamas comienzan a envolver a los estremecidos cuerpos de las acusadas, provocando terribles alaridos expulsados cuan agujonazos hacia las acalambradas conciencias de los presentes. Mientras se desarrolla esa brutal escena, una figura con hábito dominico, cuya capucha no deja ni siquiera entrever su misterioso rostro, se escurre por entre la gente enardecida y soliviantada. Como testigo de esa nefasta acción cumplida, abandona el lugar para dirigirse al monasterio que se encuentra atravesando el espeso y oscuro bosque...

Primavera de 2016, capital de la provincia de Corrientes, en el noreste de Argentina. Julio, un joven estudiante de Medicina, se dirige con pasos apresurados hacia la parada del autobús que lo llevará a dicha Facultad. Este futuro galeno, de aspecto noble y mirada benevolente, decidió ser médico no por el solo hecho de ambicionar un importante título, sino con el significativo y loable fin de llegar a los lugares más inaccesibles y olvidados del litoral argentino, brindando sus servicios a los más necesitados y humildes.

La mañana primaveral es bella y soleada y se respira una confusa mezcla de aromas de las principales flores de estación. Los nacientes rayos de sol son filtrados por entre el tupido follaje de los jacarandás y chivatos en flor donde las delicadas partículas de polen, llevadas en una consentida danza con la suave y cálida brisa matutina, adornan el precioso escenario estacional.

—¡Qué hermoso día! A pesar de los nervios que siento por el examen de hoy... —se dijo agitado Julio, por lo apurado que iba.

El autobús se aproximaba rápidamente; se lo veía como a tres cuadras. De repente escuchó algo parecido a unos sollozos. Y, extrañado, giró su cabeza para ver de dónde provenían. A solo unos pasos de él se encontraba un indigente que, apenas, sobresalía de una inmundicia de trapos sucios que lo arrojaban; y, efectivamente, el vagabundo estaba lloriqueando y, mientras lo hacía, murmuraba algo inentendible.

La naturaleza humana y bondadosa de Julio lo impulsó a averiguar qué le sucedía a aquel desdichado hombre. «Quizás esté lastimado o enfermo», se dijo con curiosidad.

Al acercarse, pudo ver que el mendigo era un hombre de edad, de casi setenta años, de apariencia débil, y se lo notaba muy agobiado, aparentemente por algo que le había ocurrido. Por su aspecto flébil, era posible adivinar que la mayoría de sus años vividos fueron muy duros y difíciles.

—Perdón, ¿hay algo en lo que le pueda ayudar? —preguntó Julio, con cierta inquietud.

Primero, el viejo lo miró indiferente, quizá porque estaba un poco corto de vista o quizá porque no creería que alguien se interesara en él. Pero cuando advirtió que este muchacho seguía mirándolo, esperando una respuesta, en ese momento se dio cuenta de que efectivamente se dirigía a él. Con lentitud y dificultad, apenas levantó la mirada hacia la de Julio, acercándose milimétricamente, comenzó a responder como si cada palabra le pesara.

—¿Me hablabas? —preguntó tímidamente.

—Sí, le pregunté si lo podía ayudar en algo.

—Mira, muchacho. La verdad, muchas cosas desagradables me han sucedido. Si te contara, no me lo creerías. Es más, nadie me creyó, por eso mismo me castigaron con 30 años de cárcel.

—¿Cómo es eso? —preguntó Julio, intrigado y sorprendido a la vez.

—Así es. Hace más de 15 años finalizó mi condena y desde entonces vivo en la mendicidad y rodeado del desprecio de la gente. A propósito, me sorprendió sobremanera que te hubieras arrimado a este viejo sucio.

—Y a mí me llamó la atención, aún más, lo que usted mencionó acerca de esa condena —respondió Julio.

—Pues lo verdaderamente sorprendente todavía no te lo he contado —respondió el hombre, con un dejo de misterio.

—¿Acaso mató a alguien? —preguntó, sobrecogido, el joven.

—¡No soy un asesino! —lo increpó el viejo.

—Disculpe, la verdad, no quise... —respondió Julio, avergonzado.

—Mira, nadie más que yo está interesado en saber lo que sucedió realmente. Quisiera contarte lo que sé... Claro, si tienes tiempo. Además, ¡hace tanto que no hablo con alguien!

—Bueno —dijo resignado Julio, mirando hacia la parada—. El autobús acaba de pasar y no llego a tiempo para el examen.

La cosa se estaba poniendo interesante, y el muchacho, que era un curioso innato, pasó de estar parado a acucillarse, para luego sentarse en la áspera y polvorienta baldosa. Le gustaba ponerse cómodo, cuando la ocasión lo ameritaba, y en este caso cumplía con ese requisito.

Mientras tanto, la gente iba y venía con suma celeridad por la vereda, todos y cada uno de ellos acuciados por la necesidad de cumplir a tiempo con sus propias obligaciones. Algunos, los pocos, digamos, miraban por accidente al costado de la senda y se encontraban con esa escena inusual de ver a un joven bien vestido y prolijo hablando con un mugriento y quizás alcohólico vagabundo; hacían un sutil amague de querer acercarse, más por saciar la curiosidad que por brindar una auténtica y desinteresada ayuda.

Pero, cuando lo hacían, el viejo les inyectaba una mirada de extrema locura mental que provocaba el espanto inmediato de estos entrometidos transeúntes, lo cual ocasionaba que reiniciaran la marcha hacia su destino preestablecido. A Julio le causaba cierta gracia cuando esto sucedía, pues se daba cuenta de que el hombre exageraba para que no interrumpieran la conversación que se estaba gestando entre ambos.

—Antes de contarte la historia, hijo, permíteme presentarme. Soy Daniel Pozzaglio.

—Y yo, Julio Quintana —le dijo, al tiempo que le pasaba la mano.

—Bien, Julio. Esto sucedió cuando tenía unos 20 años.

CAPÍTULO I

Octubre, 1970

Uno de los tres jóvenes que viajan en autobús rumbo a la pequeña ciudad de Goya, situada en la misma provincia de Corrientes, se levanta de su asiento y se dirige hacia el chofer. Mientras lo hace se va acomodando su cabello, pues estuvo dormitando un momento.

—Disculpe, mis amigos y yo quisiéramos bajar a unos siete kilómetros antes de llegar a Goya —pidió tímidamente Oliver al conductor.

—Sí, muchacho, no hay problema —contestó amistosamente el chofer.

—Gracias. Y, por favor, avísenos —le dijo Oliver, al tiempo que regresaba a su asiento.

El chofer asintió con la cabeza.

Se volteó a ver a Blas y Daniel, que dormían despreocupadamente en los últimos asientos.

Como faltaba todavía cierto tiempo para llegar a destino, se acomodó en su asiento mientras se colocaba los auriculares de su radio portátil a transistores.

Oliver era un joven de carácter afable, centrado y responsable, virtudes que no le impedían poseer un gran espíritu aventurero, espíritu que poseían también sus dos amigos que lo acompañaban siempre. Por otro lado, a Blas le brotaban cuan volcán en erupción

la impulsividad y la impertinencia en todo lo que hacía y decía, por lo que más de una vez Oliver debía salir al paso de muchas situaciones incómodas, para que su compañero no cometiera alguna imprudencia. En cambio, Daniel, callado y esquivo, buscaba a menudo refugiarse detrás de las acciones de sus dos amigos, a tal punto de manifestar una actitud casi temerosa.

El día pintaba perfecto, cálido y soleado; pero seguramente a la noche refrescaría un poco. El *trabajo* debía realizarse en esas horas para que nadie los viera, sobre todo los cuidadores del intrigante paraje al que se dirigían. El autobús recorría ese hermoso paisaje litoraleño, salpicado de cuando en cuando de palmares así como también de esteros cubiertos de camalotales.

Pasado un rato...

—¡Muchacho, muchacho! —lo llamó insistentemente una monja que viajaba en el asiento de atrás, mientras le daba con su mano unos golpecitos en el hombro—. ¡Muchacho! —repitió la religiosa, esforzándose para que la escuchara.

Oliver se sobresaltó, al mismo tiempo que se volteó hacia atrás y vio a la monja moviendo sus labios. Se retiró inmediatamente los auriculares, para escucharla.

—¡El chofer avisó que ya llegaron! —le comunicó la religiosa, con algo de agitación.

—¡Ah! Muchas gracias, hermana —contestó Oliver, al tiempo que le hacía señas a Daniel para que despertara a Blas.

El viejo autobús comenzó a detenerse al costado de la ruta 12, haciendo rechinar sus desgastados frenos. Los muchachos bajaron con sus grandes mochilas engrosadas por el equipo que llevaban. Cada uno de ellos portaba cantimploras, palas pequeñas, linternas y, sobre todo, lo más importante, detectores de metales discretamente embalados para no llamar la atención de nadie.

Con gran ansiedad y entusiasmo, los tres jóvenes aventureros esperaron la llegada de ese día. La euforia de Oliver sobrepasaba

por lejos a la de sus compañeros; persuadió a sus amigos para realizar esta hazaña, la cual no tenían ni la menor idea de cómo iba a desarrollarse ni mucho menos de cómo iba a terminar. Todo sería cuestión de suerte.

—Bueno, ¿y ahora qué?—dijo Blas, con aire inquieto e impaciente.

—Cálmate —le respondió Oliver—. Son las dos y media de la tarde. Sí o sí, tenemos que esperar hasta que oscurezca.

—Yo tengo hambre —dijo Daniel.

—Bueno, lo que vamos a hacer primero —respondió Oliver, mientras observaba el lugar— es dirigirnos hacia aquella arboleda, la cual me parece perfecta. Comemos unos sándwiches; luego, dormimos un poco la siesta, preparamos nuestros equipos, y después...

—Espera un momento —lo interrumpió Blas, al tiempo que señalaba a lo lejos un grupo de casonas antiguas de estilo colonial, que extrañamente estaban a la vera de la ruta—. Quizás allá exista algún bar de mala muerte donde podamos comer con más comodidad. ¡Vamos!

—Qué raro —comentó Oliver con cara de perplejidad, mientras las observaba.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —preguntó Daniel.

—Suelo pasar por acá tres o cuatro veces al año acompañando a un tío mío que trabaja con fletes, y no recuerdo para nada esas casas —respondió sin sacarle la vista de encima.

—Quizá las construyeron en el transcurso de los meses que no pasaste por aquí —respondió Blas, con cara de obviedad.

—No, imposible —dijo categóricamente Oliver—. Desde acá se ve que son antiguas.

—¡Ay, Oliver! —exclamó Blas con evidente impaciencia—. Dejémonos de tanto análisis y vayamos ya. Vas a ver que, cuando lleguemos, no es tanto el misterio que le estás implicando al tema.

Se acomodaron sus respectivas mochilas y se dirigieron hacia aquel lugar.

A medida que se iban acercando, el aspecto de esas casonas cambiaba notoriamente. Todas parecían más desoladas y abandonadas que vistas desde la distancia; pero algo se movía en el pórtico de una de ellas.

—Hay algo allá, en la tercera casona —manifestó Daniel a sus compañeros.

Los jóvenes pudieron observar una silueta que presentaba un extraño movimiento cíclico. La elipsis del lugar era total. No se escuchaba el canto de las aves autóctonas, ni la briza peinando la copa de los árboles, ni siquiera el ruido de los vehículos que pasaban por la ruta. Era algo totalmente insólito, como si ese territorio estuviera ajeno al mundo.

Los tres jóvenes avanzaban y la figura del pórtico comenzaba a clarificarse.

—¡Es una anciana en una mecedora! —exclamó Oliver.

El ánimo de los muchachos cambió, por lo que apuraron sus pasos. Seguramente, esa señora de edad les informaría de algún bar por esa zona. Oliver presidía el camino, pero de pronto, con gran estupor, se detuvo en seco.

—¡Por Dios! —exclamó Oliver al encontrarse frente a frente con ese ser.

Lo que semejaba a la distancia ser una inocente anciana era en realidad algo inesperadamente espantoso.

Blas y Daniel también quedaron con la boca abierta. El rostro de la anciana era algo fuera de este mundo. Su mirada enigmática, enfundada en unos extraños ojos grises acerados, la presentaban como un ser álgido y analítico. Los surcos de sus arrugas eran realmente grotescos. A pesar de la lejanía de su mirada, estaba muy consciente de la presencia de los jóvenes.

—Señora... —se animó a decir Oliver, como haciéndole saber que ellos se encontraban ahí.

—¡Deberían volverse y no perturbar la paz de este lugar! —dijo imperativamente la anciana.

Los muchachos no entendían, tampoco esperaban esa fría bienvenida.

—¿Por qué? —preguntó Blas.

—No debo explicaciones. Solo háganlo o sus vidas pueden volverse una pesadilla —sentenció la extraña mujer.

Entonces Blas, dirigiéndose hacia Oliver, le dijo por lo bajo:

—Espero que, después de todos los preparativos que hicimos, no le vayas a hacer caso a la vieja.

—Ni se te ocurra —le susurró Oliver, cuidando que la mujer no lo oyera—. Pero no viene mal escuchar lo que dice.

—Mire, señora —se adelantó a explicarle Oliver—. Nosotros solamente somos tres amigos que estamos de vacaciones y queremos aprovechar estos hermosos días para admirar el paisaje. Y, bueno, haciendo campamento es mucho más divertido.

De pronto, como si algo la activara, el matiz de sus ojos grises tornó a un amarillento indescriptible, como respondiendo a un cambio de ánimo. Era evidente que ese *ser* se encontraba molesto con la presencia de los muchachos y que de algún modo estaba al tanto de lo que se proponían hacer. Esa reacción inesperada hizo que los jóvenes dieran a la vez un paso atrás.

—Solamente les advierto una cosa —dijo la anciana al mismo tiempo que se incorporaba de su mecedora, y sus ojos pasaron inmediatamente a ser negros profundos; tanto así, que daba la impresión de asimilar con ellos toda la luz cercana. Y continuó diciendo, en un tono muy serio—: La ambición y la codicia pueden transformarse en tragedia —dicho esto, dio media vuelta y se dirigió hacia el interior de la vivienda en una especie de acto de levitación.

Al ver esto, los amigos se aterraron. Pero Oliver dejó a un lado su temor y la siguió, mientras Blas y Daniel quedaron afuera paralizados y atónitos.

—¡Señora, señora! ¿Qué sabe usted que nosotros no sepamos? —le preguntó Oliver mientras la seguía.

La enigmática mujer no contestó e, inesperadamente, ante el asombro de Oliver, se desvaneció en el aire.

—¡No lo puedo creer, se esfumó! —exclamó Oliver, que, al ver este hecho sorprendente, se decidió a buscar por toda la casona.

No podía ser que desapareciera así porque sí. Oliver era demasiado racional para creer en cosas de fantasmas.

Blas y Daniel comenzaron a preocuparse porque Oliver se demoraba en salir de la vivienda. A pesar de lo temerosos que estaban, decidieron ir al rescate de su amigo. Entraron y llamaron a gritos a Oliver, quien no respondía. La vivienda estaba oscura y olía a humedad; tanto así, que daba una desagradable sensación de sofoco.

—¡Oliver! ¡Oliver! —llamaban insistentemente los dos muchachos.

De pronto, la silueta de Oliver se les apareció en medio de la penumbra.

—¿Qué sucedió? —preguntó agitado Blas, al tiempo que se le acercaba.

—¡Aquí estoy, en el sótano! —respondió Oliver.

Blas y Daniel quedaron totalmente descolocados y espantados ante esta situación. ¿Cómo era posible que Oliver se encontrara ahí pero su voz provenía del lado opuesto?

—¡Oh, Dios! Esto no tiene sentido —dijo Daniel, apenas emitiendo las palabras.

Unos pasos se escuchaban subiendo las escaleras desde el sótano. De pronto se detuvieron, y la voz de la álgida anciana pronunció imperativamente, y con la fuerza de un trueno: ¡*Fueraaa de aquíúúú!*

Blas y Daniel se sobresaltaron y, aterrados, buscaron desesperadamente la puerta de salida. Su temor era más de lo que podían soportar. Salieron de la casona con tanta premura, que se llevaron por delante a Oliver, que estaba ahí, en el pórtico.

—Pero ¿cómo es posible? ¿Desde cuándo estás aquí afuera? —le preguntó molesto Blas, mientras se levantaba del piso adolorido debido al encontronazo con Oliver.

—Sí. ¿Qué pasó? —dijo Daniel, reforzando la pregunta de Blas.

Oliver no podía articular palabras hasta que, haciendo un enorme esfuerzo, por fin pudo decir:

—¡Desapareció, desapareció delante de mis ojos! ¡No sé cómo lo hizo!

—¡No me gusta nada esto, debemos volvernos! —dijo Daniel, expresando su parecer con mucho nerviosismo.

—Pensándolo bien, creo que te voy a dar la razón. La gente de acá acostumbra a practicar las *artes oscuras*. No vaya a ser que nos hagan un hechizo y nos transformen en alguna cosa horrible —dijo Blas, muy convencido de lo que decía.

Oliver, viendo que sus amigos se estaban echando atrás (sobre todo Blas, cuyo entusiasmo cayó como piedra en un abismo), tomó inmediatamente las riendas del asunto.

—Por favor, sé que lo que vimos fue impresionante, pero seguro debe tener alguna explicación. No dejemos que esto influya negativamente en nosotros y sobre todo en nuestros planes.

—Sí, bueno... Es posible que lo sucedido con la vieja fuera todo un espectáculo montado para espantarnos de este lugar —dijo Blas, cambiando de parecer otra vez—. Es más, quizá se lo hacen a todo aquel que pasa por acá.

—Bueno, en lo que no encuentro explicación es en cómo Oliver estaba ahí dentro y de pronto está aquí afuera —dijo, aún perturbado, Daniel.

—¿Me ves aquí o no? —preguntó Oliver con un tono de insolencia, actitud rara en él, mientras miraba fijamente a Daniel.

—Sí —respondió Daniel, como desconfiando del propio Oliver.

—Es muy probable que la gente de este lugar no quiera que vengan extraños a fisgonear por sus campos, lo que es muy lógico. Así que debemos ser más prudentes y cuidadosos —explicó Oliver a sus amigos—. La verdad, no estoy seguro de qué pudo haber sido aquello realmente. Les repito: olvidemos el incidente y mejor sigamos adelante sin que nada nos altere.

—Siempre y cuando no nos metamos en un lío con los cuidadores del paraje... —agregó Daniel, con cierto temor y no muy convencido de continuar con la aventura—. Creo que a eso se refería la anciana.

—¡No se preocupen, pensemos en positivo y todo saldrá perfecto! —les dice Oliver con pasión, la misma que pone en todo lo que hace—. No hagan que me arrepienta de haberlos escogido como compañeros de aventuras.

—Bueno, espero que tengas razón —dijo Daniel, como no quedándole otra opción.

—Aunque la cosa no salga perfecta, yo no le tengo miedo a nada. ¡Eso que quede bien claro! —respondió Blas, acentuando firmemente su personalidad.

—Sí, claro, como cuando saliste corriendo de la casona —dijo Daniel por lo bajo.

Después de todo lo sucedido, decidieron ir hacia la arboleda que anteriormente había señalado Oliver, mientras los envolvía una suave brisa cálida. Al llegar, acomodaron sus cosas y se dispusieron a comer sus sándwiches.

—¡Ja! —exclamó Blas con exageración y como aguantando la risa, antes de darle otro bocado a su sándwich—. Y si, mientras estamos escavando el supuesto *tesoro*, ¿se nos aparece otro fantasma?

—Eso es si encontramos algún tesoro —agregó Oliver—. Es posible que nos pasemos toda la noche buscando con los detectores y no encontremos ni un mísero alambre.

—¡Ah, no! —exclamó Blas, como si le hubiesen arrojado un balde de agua fría—. Siempre nos estás inculcando el atrevimiento y el espíritu de aventura. ¿Y ahora nos dices esto?

—Soy optimista, pero también realista —aclaró Oliver—. Primero, La Piedad es grande. Segundo, vinimos hasta acá buscando un tesoro enterrado, basados solamente en rumores que pueden ser ciertos o no. Pero probar no cuesta nada.

—Pero, Oliver —lo encaró Daniel, de un modo poco común en él—. Hace meses que venimos preparando y poniendo dinero para los equipos. ¿Y ahora quizá todo este despliegue es para nada?

—¡Oigan, oigan, esperen! —trató de calmarlos Oliver—. Hasta hace un rato ustedes se querían echar atrás, sin saber si iban a des-

cubrir algo o no. En ese momento pareció que no les importaron los meses de esfuerzo requeridos para estar hoy aquí.

—Sí, tienes razón —dijo Blas, sin cuestionar más.

—Es posible que no descubramos nada. Pero presiento que existen muchas más posibilidades de encontrar algo —agregó Oliver, para levantar el ánimo de sus amigos—. ¡Escuchen! Tengan en cuenta que a mediados del siglo XVIII ya existía la capital de Corrientes y algunas ciudades como Santa Lucía. Era una zona habitada por europeos, la mayoría españoles, quienes traían sus joyas, monedas de oro y plata. En ese tiempo no había bancos dónde guardar esos tesoros. ¿Qué iban a hacer con ellos sino enterrarlos para protegerlos de los posibles robos y de los reiterados malones?

Blas y Daniel se miraron y asintieron con la cabeza, aceptando el análisis lógico de Oliver.

—Además... —agregó Oliver—, se dice que los dueños de las riquezas llevaban a algunos de sus sirvientes con el fin de cargar y enterrar el tesoro. Y, para que estos no divulgaran a nadie dónde se situaba el entierro, su amo se encargaba de matarlos y enterrarlos en el mismo lugar.

—Eso es muy tétrico —opinó Daniel.

—Lo es —prosiguió Oliver—. Pero la cosa no termina ahí. Cuando a estas ciudades llegaban los aborígenes, en su mayoría abipones provenientes principalmente de lo que ahora es Chaco, se libraban unas batallas más que sangrientas. Los españoles no podían con la ferocidad y la hostilidad de estos aborígenes, quienes llegaban a matar familias enteras, la mayoría dueñas de esos tesoros. Y, claro, por eso nadie sabe dónde se encuentran exactamente. Se supone que están por aquí, enterrados en estos parajes antiguos. Pero, bueno, los detectores de metales se van a encargar de hallarlos.

—Debemos descansar —sugirió Daniel—. Parece que la noche va a ser muy larga.

Los tres amigos se acomodaron para dormir una siesta bajo los enormes y frondosos eucaliptos que formaban parte de la arbole-

da. A medida que avanzaba la tarde y el sol descendía, comenzaban a aparecer legiones de mosquitos, deseosos de algún ser de sangre caliente que se encontrara a su paso, siendo inevitablemente el blanco de dolorosas picaduras.

—¡Por Dios! ¿Qué son estos, mosquitos o murciélagos? —se quejaba Blas mientras se estaba cacheteando a sí mismo, tratando de matar a los molestos insectos.

—¡Menos mal que traje repelente! —exclamó Daniel mientras buscaba en su mochila.

—¡Por favor, rápido, dámelo! Si me pican durante cinco minutos más, seguramente voy a necesitar una transfusión —expresó Blas con un toque de exageración.

—Muchachos —dijo Oliver—, preparemos el equipo y vámonos antes de que oscurezca. Tenemos que caminar al menos un kilómetro hasta el paraje.

Los jóvenes emprendieron el camino rumbo al tan ansiado paraje La Piedad, adornado de tantos dichos y leyendas, que con que uno de ellos fuese cierto se darían por satisfechos. Oliver encabezaba el grupo y, con un pequeño machete, de cuando en cuando sacaba algunas malezas, formando así un sendero. Podrían haber ido caminando al costado de la ruta y evitar cruzar parte del monte. Pero no querían arriesgarse a que alguien los viera. El camino que se creaba con su andar no era muy directo, pues debían esquivar algunos esterros. Lechuzas, sapos y culebras iban apareciendo con cada paso que daban. La luna creciente, a punto de ser llena, colaboraba en gran parte con la iluminación; esto representaba una gran ventaja para los jóvenes, siendo casi innecesario el uso de las linternas.

Luego de un rato de ardua caminata...

—Esperen un momento, creo que llegamos a la alambrada —dijo Oliver, y a continuación pasó con cuidado su mano para cerciorarse de que fuera un alambre de púas, utilizado para delimitar campos, con lo que se había topado.

Impulsivamente, Blas y Daniel prendieron al unísono sus linternas para iluminar la alambrada.

—¡No! ¡Apaguen esas linternas ya! —susurró desesperado Oliver—. No quiero arriesgarme a que nos descubran.

—Pero la quinta está muy lejos —dijo Blas, desconcertado.

—Sí, pero es factible que algunos de los peones acostumbren a dar algunas vueltas en sus caballos para ver simplemente que todo se mantenga tranquilo —explicó Oliver.

—Es cierto— dijo Daniel, apoyando a Oliver—, es mejor que no subestimemos a esa gente. No sabemos qué pueden llegar a hacernos si nos descubren.

—Daniel, con ese miedo mejor te hubieras quedado en tu casa a vestir las muñecas de tu hermana— le contestó Blas burlonamente.

—¿Me pasan el alicate, por favor? —interrumpió Oliver—. Voy a cortar la alambrada... Tac, tac, tac, tac. ¡Ya está! —dijo Oliver, cortando el último de los alambres—. Ya podemos entrar.

Eran aproximadamente las diez de la noche. Todo estaba muy tranquilo; y en esa parte del paraje, por donde ellos ingresaron, había una extensa arboleda de paraísos y eucaliptos que era la vegetación que más abundaba en esa zona. La suave brisa que soplaba por la tarde había cesado. Se escuchaban los grillos y algunos pájaros nocturnos que, de cuando en cuando, sobresaltaban a los muchachos con sus extraños cantos.

Entonces llegó la hora en que cada uno de ellos decidió tomar su detector de metales. Se separaron unos cincuenta metros entre sí e iniciaron la búsqueda, ayudándose, como hasta ahora, con la claridad lunar.

Pasaron casi tres horas examinando el lugar. De pronto, Oliver escuchó un silbido que provenía de la dirección donde se encontraba Blas; este le estaba haciendo señas de luces con la linterna.

—¡Ojalá haya encontrado lo que buscamos! —se dijo Oliver, al tiempo que silbaba a Daniel para que lo siguiera.

—¡Parece que acá hay algo! —exclamó Blas con cierta agitación, propia de su entusiasmo. Había cavado casi 30 centímetros.

—¡Vamos a ayudarte! —dijo Oliver mientras dirigía su pala al reciente pozo.

Mientras tanto, una anomalía comenzaba a suceder. Todo se encontraba extrañamente calmo, ni siquiera una sutil brisa se percibía. Sin embargo, las hojas secas y los pastizales de ese rellano comenzaron a levantarse, de manera tal como si fuesen una alfombra. Lentamente, empezaron a girar en sentido contrario a las agujas del reloj.

—¿Qué sucede? ¿Qué pasa? —preguntaban los jóvenes, asombrados.

Los muchachos no podían creer lo que veían. La singular alfombra de hojarascas ya estaba a la altura de sus cinturas. El grupo de hojas continuaba ascendiendo y girando a la vez.

Una mezcla de espanto y curiosidad invadía sus rostros, tratando de develar una explicación lógica a este hecho inédito. Manes y elfos provenientes del entierro parecían ser los causantes del inexplicable devenir; pero cuando el manto vegetal estuvo aproximadamente a unos dos metros de altura, cesó su ascenso y su rotación, como si la imagen se hubiese congelado. Por unos segundos se mantuvo en esa extraña posición, e inmediatamente, y sin previo aviso, cayó como plomo sobre ellos. Luego, un silencio mortal invadió el lugar, y fue entonces cuando Daniel se dio cuenta de que Oliver y Blas habían desaparecido.